

Cuaderno abierto

Antonio PEREIRA

Un día de junio de 1947 o de 1948, la primera plana del vespertino leonés, católico y regional, apareció abanderada con un grueso titular que proclamaba un suceso valorado como el más importante de la jornada: «Fulanito de Tal recibe la flor natural de manos de la reina». Qué tiempos aquellos, cuando no eran noticia las huelgas y en la Diputación los diputados no se le encabritaban al presidente. De todos modos, me parece que el director del periódico, don Filemón de la Cuesta, sentía cierta predilección por el poetilla premiado...

Muchos años más tarde, la «primera» de un diario también leonés acaba de recordarme aquellas historias, al imponer por encima de toda la actualidad nacional e internacional el retrato a buen tamaño de un traductor de Aristóteles, y creador él mismo... Sólo que esta vez, con plena objetividad y sin necesidad de ninguna afición amistosa.

Supongo que los lectores saben que me estoy refiriendo a la elección de un leonés para la Real Academia Española. Es notorio el privilegio antonomástico que disfruta la Corporación del «Limpia, fija y da esplendor», puesto que a la Real Academia Española de la Lengua se la puede dejar legítimamente en Real Academia Española, y eso si no nos conformamos con decir la Real Academia. Bueno, la verdad es que incluso basta con «la Academia». El primer académico al que yo traté personalmente, fue Camilo José Cela, que en Mallorca fascinaba a la sociedad cultural, o a la sociedad -simplemente-, con el aura y las preeminencias que provenían de su sillón de «inmortal». Habíamos llegado unos cuantos desdichados a bordo de un aeroplano azaroso, y apenas calmadas las hélices espaventosas se asomó a la escalerilla José García Nieto (que un día tendría también asiento en la docta casa) y a grandes voces, con estupefacción de unos turistas extranjeros, le anunciaba el cargamento insólito a don Camilo José, que esperaba en tierra, con un par de fotografías insulares:

-¡Traigo poetas! ¡Traigo poetas!

El de Padrón, trasplantado a tierra balear, estaba muy contento -me pareció- con su elección, que debía de ser reciente. Además de abrirnos sus brazos y su casa con una hospitalidad impagable -recuerdo la alcoba matrimonial con aquel enorme

cuadro que sirviera de original para los anuncios del Anís del Mono...-, Camilo me dejó ver, y no sin alguna retranca, el álbum o archivo de recuerdos con la historia de su llegada a la Real Academia. No sabría explicar ahora las vicisitudes que conducen al encumbrado lugar. Lo que sí me ha quedado es la música de que la Academia se conserva muy tradicional en sus ceremonias. Me suena que hay que hacer visitas previas para pedir el voto... pero sin pedirlo. A lo mejor se lo pregunto un día a Gerardo Diego o a Guillermo Díaz-Plaja, a Emilio Alarcos, o a Delibes mientras lía un cigarro. A Elena Quiroga, que debe estar con los últimos toques a su discurso de ingreso sobre la obra de Cunqueiro. O a Carmen Conde o a García Nieto en cualquier reunión de versos...

Hay que ver la cantidad de gente de pro que uno termina conociendo en persona, aunque esto ocurra no por méritos propios sino porque con los años que uno va juntando hay tiempo y ocasión para casi todo. Y ahora, el último jueves de enero, ya ven ustedes por dónde, un académico nacido en Lombillo de los Barrios, en el mismísimo corazón del Bierzo. No es que fuera mucha sorpresa, porque del personaje -de una rara modestia- ya se sabía su prestigio de catedrático, la fama de los libros sobre Homero que llevan su firma, y sobre todo su hazaña -esta sí que «homérica»- de la Edición Trilingüe de la Metafísica de Aristóteles. A mí me parece que es una fiesta para los leoneses. Y por supuesto. ¡esta vez sí!, un asunto de primera plana. Pero la columna se acaba y a ver si no queda espacio para estampar el nombre del excelentísimo señor académico don Valentín García Yebra.